

# CÓMO SE INICIÓ LA AMEREIDA 1965

JOSÉ VIAL

OTT

AMEREIDA, TRAVESÍA, CARTA, ESCUELA

Querido Pancho:  
Aquí te escribo a nombre propio, de Tuto y probablemente de Miguel. Ha pasado un tiempo, una especie de ciclón múltiple, y una vez que estemos solos me vuelvo a encontrar –en comparación de “antes”– con todo lo que Godo dejó tras de sí, y todo lo que dejó para adelante, además de lo que está haciendo. En este respiro, sin embargo, la ausencia de casi todos, no sirve para ordenar papeles; no hay ánimo, las salas son muy grandes para albergarnos a todos, y los ojos están vueltos hacia el viaje, que es lo nuevo, y que de alguna manera todos queremos hacerlo nuestro. Por otra parte, no hay nada que esperar.

No es este de esos viajes en que lo único que se anhela es el retorno; casi al revés: es el viaje el protagonista y no el retorno. Y por eso en los que se quedan hay más bien un vacío que una espera. Y en este vacío estoy, con toda la buena voluntad que puede generar el aburrimiento.

Hasta hace poco tiempo, la cosa era distinta: la desesperación. Cuando Godo viajó a Europa, tratamos de dejar –mientras duraba el viaje– arregladas todas las relaciones, el equipo y el dinero que se requerirían. Viajes continuos a Santiago, conversaciones y gestiones por intermedio de quien tú conoces. Nada tenía “ningún problema”; frase clave, que al fin fue cierta, pues a la llegada, todo continuaba sin ningún problema y no había pasado nada. Solo se logró hablar con el rector, quien prometió ayuda y apoyo, aceptó hacer todas las peticiones a nombre de la universidad y aceptó que los profesores se ausentaran –en ese momento por tiempo indeterminado– sin modificaciones en los sueldos. Se logró así la estabilidad de las casas, por un plazo que en ese tiempo pensábamos que no sería inferior a un año. Lo otro que logramos hacer fue conversar con la Raquelita y con Juan de Dios, quienes nos ofrecieron una ayuda económica; lo mismo Mena y la Gabriela.

EL ARQUITECTO JOSÉ VIAL LE ESCRIBE A FRANCISCO MÉNDEZ, EN LA ÉPOCA INSTALADO EN PARÍS, ACERCA DE LOS PREPARATIVOS Y PARTIDA DE LA TRAVESÍA DE AMEREIDA. JUNTO AL GRUPO DE LA PHALÈNE EN EUROPA Y EL INSTITUTO DE ARQUITECTURA UCV, CONFORMARON UN CUERPO COLECTIVO QUE DIO FORMA A UNA RONDA SOBRE LAS ABERTURAS DEL OFICIO, LA POESÍA Y AMÉRICA, CONSTRUYENDO ASÍ UN FUNDAMENTO PARA LA ESCUELA DE ARQUITECTURA Y DISEÑO PUCV. ESTA CARTA ES UN TESTIMONIO DEL VIGOR QUE LOS MOVIÓ, Y DE CÓMO LA AVENTURA DE AMEREIDA CONSAGRÓ A LOS OFICIOS EN UNA RONDA CON LA POESÍA Y LAS ARTES.

Es decir, logramos todo lo que hicimos por nuestros propios medios.

La llegada de Godo –no sé si él te habrá escrito de todo esto– permitió planificar el acceso a las “altas esferas” que hasta ese momento estaban intocadas. Llamamos a Pato para organizar una comida con el ministro Carmona, todo lo cual hacía más o menos un mes y medio que se estaba tratando de hacer; se invitaba a Campos, Naranjo (un amigo del ministro que se creía que podía colaborar) y a todas nuestras huestes, que eran efectivamente nuestros amigos y del Instituto. Se iniciaron las averiguaciones del equipo que se necesitaría y Godo, viejo zorro y a la vez gallina, evitó cuidadosamente entrar en planes económicos, los cuales permanecieron en una santa nebulosa de posibilidades, mientras la actividad sumergía a todos en gestiones. Pero esta nebulosa no era solamente económica. El auto, fantasma de los fantasmas, no se dejaba asir por ningún lado; a veces Godo, con el estilo de un industrial –más bien, con el estilo de un relacionador de algún *trust* de industrias–, dejaba escapar algunas frases que daban alguna idea del rango en que “se” estaba pensando: unos trajes delgadísimos pero de gran poder aislante, un Land Rover para nueve personas (todos temíamos que al fin se convirtiera en dos), un desembarco en Cabo de Hornos que hacía temblar a Claudio no solo por el desembarco, sino por lo que habría que colocar, en medio de la tempestad desatada. Esto fue acumulando una tensión a medida que pasaban los días, y los días los contábamos todos, a veces en secreto, a veces entre todos, porque la llegada de Edy había producido (días antes de que llegara Godo de Europa) un golpe de realidad de que la cosa se hacía, de la cual era muy difícil librarse. En ese sentido –al menos para mí– la llegada de Edy fue decisiva. No solo por la llegada: la figura y el aire que traía, aire de *phalène*, su fanática impertinencia de

poeta sin pudor, lanzado a eso, paralela a la reserva y la delicadeza y finura que él sabe mantener. En la fiesta de su llegada, casi a oscuras, con harto vino en el cuerpo, yo lo observaba recitar y decir sus poemas en medio de nuestra vida doméstica. Y no digo “librarse”, porque no confiáramos o no quisiéramos; todo lo contrario, lo digo porque, yo al menos, me encontraba desesperado de no tener los medios en la mano y estarse produciendo ya la entrada del público a la platea. Y poco a poco empezaron a acrecentarse las coincidencias. La universidad, por una parte, que entraba en aplicación del nuevo plan; un dinero que aparecía para terminar Santa Clara; Miguel, que en el silencio más indeciso, nos comprometía a todos en una red de ambigüedades en cuanto a su matrimonio. A poco, los avisos de los demás de Europa que viajarían próximamente. Esta era la nube que presionaba desde adentro.

Extraño. En cierto tiempo posterior a su llegada de Europa, tengo la impresión de que alguna indecisión interna aquejaba a Godo: esos momentos que tú conoces, una especie de enfermedad en pie, que nos hace a todos y a él también barrer el piso, arrendar y desarrendar autos, casas, o lo que sea, y sin embargo no se cura. Todos piensan entonces que está seco como una piedra y que la enfermedad no tiene curación hasta que el hueco no vuelva a desplegarse. Algo así creo yo que sucedió en los momentos iniciales, lo cual coincidió con la acumulación que te cuento. Hasta que un día vinieron los planes: juntarse. Reunión con el ministro: comida. Reunión en Errázuriz. Mello no estaba. Programa de invitaciones. Creo que Tuto invitó a los de Santiago: iría Bresciani.

El 17 de junio, creo que es el día de la universidad, vamos con Godo y Tuto a Barón. Una fiesta de democrático-cerril-folclórico-democratocrisiana de valparaisinos de extracción subobrero, alumnos de la universidad, con Zavala al centro: cantos y gritos en el salón de té (arquitectura del señor Cortés). A la entrada, Godo invita oficialmente al rector a casa de Pato para comer con el ministro. La comida, me parece que fue el 30 de junio. Nosotros nos reunimos, en pleno, nuevamente en Errázuriz, para ver qué dirían todos. Yo no quería participar de terror, en formar parte de los que hablarían. Sin embargo, llegué a la reunión de Errázuriz y Godo, con Alberto, Edy, Tuto, Fabio –no recuerdo si estaba también Miguel; Mello no estaba– habían comenzado a decir cada uno lo que podría hablar.

Era el 29, fue una reunión muy bonita que duró varias horas; de ahí salí comprometido a hablar primero: una introducción, pero a la vez me encargué de tener un programa preciso del poeta, de todos los puntos. Mi tarea era, entonces, exclusivamente tener valor. Yo

tengo aquí un escrito, de esos que se pueden sacar muy fraccionados, de lo que en esa reunión hablaron. Pensé acompañártelo, pero es muy difícil de interpretar y, por otra parte, el leerlo, de cierta manera, desvirtúa lo dicho en la comida, que quiero enviarte en una copia de una cinta magnética que tenemos. El resultado de la reunión del 29 fue que sabíamos todos qué dirán más o menos. El propósito era, más que de planificación, calentar las calderas, pero había ciertos puntos básicos importantes: lo que cada uno hablara sería tomado por el otro: la ley del juego. A continuación, te copio algo que dijo Godo, cuando uno de nosotros, al hablar, estaba construyendo una argumentación, en vez de dejar libre las cosas:

La fascinación es ineludible con la *phalène*, se está en contra o a favor, pero es ineludible. Se acabó, porque la máscara está allí. La fuerza de la fascinación es ineludible. Nos va a pasar esto: tú hablas y el tipo que sigue ya se embarcó; yo hablaré de los gigantes. Se inició entonces Amereida.

Para el que no ha hecho varias *phalènes* es difícil: haz todo lo que se te venga en gana. No hables para la gente. La gente eres también tú mismo mirándote. No. Toda la libertad te pertenece. No hay que hablar de América pensando en Amereida.

Te copio este trozo por una triple razón: por la ley del “juego” que dio Godo, porque cuando dijo “se inició entonces Amereida”, incluyó la comida con el ministro, de tal manera que me dio fuerzas para participar, y finalmente, por lo que yo creo que ocurrió con Mello, poéticamente hablando, que se movió sin “tomarse toda la libertad” a que se refiere Godo. Mello, ante la conversación con el ministro, tomó desde antes de la comida otra actitud. Y esta es una gran diferencia. Él no incluyó, como materia poética, el acto mismo de hablar de Amereida; y pensó –alejándose, me parece, de lo central de la proposición de Godo– que el ministro no iba a entender nada, y que había que hablar, argumentar, en el fondo, de una manera accesible a él y atrayente a lo que necesitábamos. Así tú verás, en la cinta que pienso mandarte, cómo la intervención de Mello rompe la fuerza de realidad de los otros relatos, deforma los términos que toma de Edy, reduciéndolos casi a nada; toma también algunos de Godo en la misma forma, y deja a Godo aislado y desarmado. Ocurrió también que Mello no estuvo en gran parte de la reunión de Errázuriz del 29, y una parte importante de lo que diría Godo, que se relacionaba con volver al revés el plano de América, él no lo supo, o creyó que era una idea cualquiera (yo en Errázuriz coloqué los mapas y tal vez pensó que era idea

mía) y lo dijo en la comida como un detalle, carente de importancia, empobrecido, y que sin embargo, privó a Godo –en el momento mismo, ahí–, de sorpresa, y ante todos, de ese vuelco de América que nada tiene que ver, ni es posible verlo, a la luz de una argumentación más o menos retórica. Así, creo yo, que la intervención de Mello, queriendo ayudar, eligió un camino que no es el suyo (nada tiene que ver su intervención con el Mello del *Pais dos Mourões*) y contribuyó así –no siendo él el mismo– a destruir.

Pero todo esto no lo preveíamos en Errázuriz ese día. Lo que sí nos preocupaba era cómo lograr que una comida, con mujeres (no las del Instituto) y que tenía graves posibilidades de hacerse social, pudiera dar cabida a decir lo que se pretendía. Además, había otra cosa: después de hablar Alberto y los poetas, Tuto, Fabio, Pato y yo (no intervine casi en esta parte), debíamos abrochar al ministro y a los demás para obtener alguna decisión, un sí o un no a lo que necesitábamos, temiendo que la respuesta se diluyera en la nada.

Así las cosas, nos fuimos a Santiago, elegantes, lustrados, chinchas y láminas, tintas y pinceles, para que Alberto dibujara mientras hablaba, dibujos que serían los que Godo utilizaría para dar vuelta en un momento. El viejo tenía que dibujar de memoria un semi Mercator de todo el mundo y un mapa de América; además, dibujaba croquis mientras decía lo suyo. Esos son los silencios que se perciben en la cinta. Armado de todo esto, llegamos a casa de Pato, donde la Maruja, braseros y tragos por todas partes, lonas y asientos al exterior, tenía armada toda la comida. Ahí corrimos mesas y colocamos los papeles blancos y empezamos a esperar. No recuerdo por qué no habíamos almorzado, y en ese momento eran las nueve de la noche. Al poco rato llegaron los invitados. Campos no apareció. Llegó Naranjo y señora; después el ministro y señora, Mena; estábamos todos nosotros. Llegó Zabala, Bresciani. Abrazos y conversaciones de decanos, rectores, ministros y políticos. Fabio, con cara de niño, se paseaba pudoroso y abstraído, perfectamente consciente de no ser la figura principal. Miguel se vistió de Miguel. Godo se hacía el leso en una zalagarda de paterismo, sonriente, que yo no sabía cómo iba a transformarse para poder hablar después. Edy, con su suéter Brigitte Bardot, desnudo por dentro y desnudo por fuera, creo yo que estaba bastante espantado de lo que continuaba, y permanecía más o menos aislado. Tuto, mano al bolsillo, se escurría como un lubricante entre todos, creando los primeros lazos de lo que habría que tratar después de hablar los poetas. Claudio, con aire de profesional, se clavó frente al maní y al pisco, y después con gran despliegue de gestos rápidos y precisos, desabrochó todas sus cajas

y paquetes perfectos, colocó la grabadora en una mesa y nos obligó a todos a estar atentos a lo que hacía. Alberto, mientras tanto, trataba por todos los medios de mantener la conversación más larga posible con los íntimos conocidos, muerto de terror de tener que dialogar con la vieja guardia o un desconocido, que le iba a significar todo un enorme trabajo de ingenio. Mello, sentado, era el centro de las mujeres. Mujer del ministro, rubia, bien hecha, bien; un poco desfachata para hablar. Mujer de Naranjo, sencilla, lo que se llama sencilla, de una sencillez aplastante. Al rato hicieron su aparición los blancos: indoeuropeos seleccionados y biológicamente puros, con el recato necesario, bien proporcionado, caras de personas y trajes de gente: Raquelita Ariztía, Juan de Dios, Gabriela Matte y Colo Domeyko. Llegado a este momento, y antes de comer, se empieza el acto. Se colocan sillas, todo muy estrecho, y por casualidad la cara del ministro queda exactamente a la altura y a 10 cm de distancia del traste de Claudio, que indiferente a todo, echa a andar la grabadora. Yo salgo adelante y empiezo a hablar. Mientras hablo veo que Pato hace, desde atrás, toda clase de gestos: es porque el ministro, totalmente arrinconado entre el traste de Claudio y la muralla, se inclinaba de vez en cuando para poder observar. Cuando termino, Pato le dice a Claudio; sigue un silencio grande entre todos y habla Alberto. Habla y dibuja. Muy rápido, muy cortado, lo que dice va quedando ininteligible pero límpido. Muy corto. Sale Edy, continúa el silencio, que se escucha entre las frases muy separadas que él dice. Aparece otro castellano; y yo observo con cierta emoción esta otra nacionalidad, lejana, extraña, que viene a ser, él mismo, la imagen patente de todo el contexto de lo que se habla de América. A esto, que tuvo mucha fuerza en la reunión, agrega Mello su figura y su lengua, y poco a poco descende sobre todos esta dimensión, este especie de halo, que la pura presencia de las personas y sus lenguas abre, más allá del significado exacto de lo que dicen. Mello fue bastante largo y conquistó rápidamente al ministro y a los acompañantes. Al fin, Godo que trató de recoger todo. Su comienzo es un verdadero álgebra de palabras, que parecía más rápida ahí en el acto mismo, como un malabarismo, que se destacaba más porque Godo, al comenzar a hablar, lo hizo mientras avanzaba a colocarse al centro: palabras que se iban cayendo mientras caminaba. Al principio me costó oír, porque estábamos todos un poco consternados con la sacada de piso que –sin querer– le había hecho Mello pocos segundos antes.

Después de hablado todo vino la alegría, mía al menos, de que lo fundamental estaba cumplido. Lo que pasara después, a la suerte. Se sentó el ministro,

el rector, Bresciani y las mujeres de los políticos, y Tuto, como un rayo inició, colaborado por Fabio, la “precipitación”, que entre tema y tema, tentaba colocar las decisiones necesarias. Mello estaba también ahí en la pelea y le regaló a la señora del ministro un cuchillo brasilero que traía. Mientras tanto Godo estaba con la Raquelita; la Gabriela, Juan de Dios y Domeyko, en otro círculo. Todos comían. El ministro –me pareció– quedó bastante impresionado, lo mismo su mujer. Felicitó a Godo, como era de rigor, pero además le prometió ayuda. En ese momento, aparentemente, Naranjo era el hombre que, por estar relacionado con las Fuerzas Armadas, iba a servir de puente efectivo y a encargarse de la realización. Terminamos tarde y nos fuimos al Bosco. Cafés y té. Largos comentarios. En vista de que las promesas de ayuda no había que dejarlas estancarse, y de que la fecha de partida ya estaba fijada más o menos para fines de julio, Tuto, heroicamente (eran más de las dos de la mañana y volvíamos a Viña), decidió quedarse en Santiago a terminar los trámites con Naranjo y el ministro. Y los demás, nos volvimos a Viña.

Después de esta comida, todo se desencadenó rápidamente. Al día siguiente, Godo amaneció revertido: echar fuera toda la documentación con que se había hablado en la reunión, devolver los libros, volver a la partida. Mientras tanto Tuto, después de tres días de gestiones, volvió de Santiago con las primeras relaciones ya establecidas. Fabio inició con Tuto y con Godo algunos cálculos económicos. Mientras tanto Miguel continuaba con su proyecto de Quillota, que estaba en etapa de presentación de un anteproyecto, y con su otro negocio, el matrimonio. En pequeñas frases dichas uno por uno, poco a poco había ido notificando noticias sueltas, en un aparente secreto. El matrimonio debía ocurrir en medio de la vida diaria, sin preparaciones ni interrupciones. Sin embargo, en Santiago se habían dado en la parroquia de la Elena los tres avisos públicos y medio Santiago estaba al tanto del asunto: nosotros no lo sabíamos. Mello recibió la noticia de Brasil de que había sido acusado por la revolución de “abuso de prestigio” y se iniciaba el proceso. Nosotros nos desesperábamos de no poder lograr una situación estable, económica, que le permitiera traer a Lea y sus hijos. Entramos entonces en conversaciones con monseñor Barra (el Güenche Barra), que es muy íntimo del cardenal, y había viajado como su secretario al Concilio.

La escuela, entre tanto, empezaba a dar signos de malestar ante la materia y la organización que requería la aplicación del nuevo plan en su segundo período. Los resultados del Taller, en el primer período, habían dejado fuera a unos 10, y ponía en amenaza directa a

otros 30, para salir también. Se hizo una nueva reunión en Errázuriz y se decidió trasladarse a Santiago. Yo no podía ir de inmediato por mantener unos cursos en la Escuela. Fue casi una semana, Godo, Tuto, Fabio. Yo no asistí a esa parte: aquí en Valparaíso, en dos comidas en el Club Alemán, y varios viajes por Valparaíso, averiguaba los precios y los plazos de ejecución del equipo, la alimentación, y las posibilidades de adquisición de una Volkswagen, aquí o en Punta Arenas. En Santiago todo parecía cerrarse: Naranjo empezó a tramitar, el ministro viajaba a la zona del terremoto, etcétera; ahí Tuto desplegó toda su “ubicuidad” y penetración. Parece que en un momento dado decidieron dejar de lado a los “intermediarios”, después de haberse agotado en antecámaras de ministerios y oficinas. Y el azar abrió todas las puertas. Van al Ministerio de Relaciones, para una consulta relacionada con la embajada en Argentina y, mientras esperan, una secretaria entreabre unos 10 cm una puerta –mientras el público espera. Se adelanta Tuto, ella pregunta qué desea y –según versión de Godo– Tuto, con una voz casi imperceptible, le responde algo. La secretaria no oye bien, abre más la puerta y se acerca para entenderle, y Tuto se cuela para adentro mientras le responde. Es la oficina del subsecretario, que por casualidad se encuentra también ahí. Pasa un cuarto de hora y Tuto sale diciendo que bajen todos rápido al primer piso: trae una carta oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores, timbre, sello, firma, que declara “misión cultural” al viaje e incluye los nombres de todos los participantes. Esta carta es la clave que abre todas las puertas; y viene después la interminable odisea de conseguir credenciales, equipo del ejército, viaje, mantención. Hablan varias veces con el ministro Carmona (al fin recibe a Tuto, aun cuando ha suspendido todas las audiencias) y da, en el fondo, lo que había prometido. Se habla con Juan de Dios, y entre él y Fabio financian la compra de una camioneta para nueve personas en Magallanes. Viene el tramiteo espantoso del Automóvil Club, el Banco Central, la aduana, etcétera, para poder sacar el auto. Queda la incógnita del equipo y los precios, más los trámites de adquisición que hay que hacer en Magallanes.

Se produce el matrimonio de Miguel; gran fiesta en casa de Fabio, se casan a las ocho en la parroquia de Viña y asisten solo los familiares: unas 50 personas. Nadie sabe cómo hacer, porque siempre hay delante algún impedimento de Miguel, que contrariamente a lo que él deseaba, ha transformado todo en una complicación infernal. Edy baila como una culebra y la Ximena, interpretando algunas miradas de la Francesca, va y le dice a Agustín, mi hermano (que acaba de entrar al Seminario), que la Francesca está locamente enamorada

de él. Agustín hace un pase y al poco rato desaparece. Los recién casados se van a su luna de miel al norte.

Mientras ellos estaban en Santiago, yo reúno a toda la escuela y hago una exposición de los fundamentos del plan, con diálogo abierto a los alumnos. Se producen preguntas y respuestas mías. La reunión dura hasta las once de la noche. Asiste Claudio. Tres días después se produce la huelga. Godo y Fabio han viajado a Santiago; estamos Tuto y yo. Es un lunes a primera hora, Alberto está en Viana en entrega del campus. Tuto debe viajar esa tarde a Santiago a reunirse con Godo y Fabio. Habíamos planificado para el martes una segunda explicación de Godo, también con diálogo abierto. Los alumnos presentan una carta que arrasa con todo (académicos han perdido la confianza en nosotros, etcétera) y declaran no asistir a clases por dos días: al final, incluyen una lista de peticiones. Con Tuto preparamos una carta inmediata de respuesta: se declara que las clases continúan “normalmente”. Yo pienso que nos llegó la hora y sobre todo, que la hora nos ha llegado justo en el momento en que Amereida se pone en marcha: es la avalancha previa a la partida de Amereida, que no nos va a abandonar hasta que esta se inicie. Tuto debía viajar el martes a Magallanes a finiquitar la compra del auto y a hacer las averiguaciones definitivas de equipo, residencia y mantención allá: se tenían ya todas las cartas listas. La escuela vacía; los profesores interrogan. Tuto se va a Santiago, debe viajar a las ocho de la mañana del martes. Al llegar a Santiago, como a las tres de la mañana, le cuenta a Godo la huelga. Hablo con Godo por teléfono el martes y ese mismo día él y Fabio vuelven a Valparaíso. Estos dos días los he pasado sentado en la escuela vacía, obligando a los profesores a asistir. Hay un desconcierto general de que “a nosotros nos pase esto”. Llegan los rumores al rector y Viña entero se pone al tanto: el viejo resentimiento provinciano sube y se reciben comentarios de arquitectos, viejos rivales resentidos, que están de acuerdo con los alumnos. Esto, sin quererlo, estando en esos momentos bastante solo, y siendo la carta, en resumen, un ataque personal a mí, me ha ido tomando los nervios; el viejo me regala una botella de vino y me la tomo entera. Los alumnos lo han ido a ver, buscaban –ingenuos– una confirmación; el viejo les quita el piso y les da una “clase”. Llega Godo y, viejo “FUBA”, llama a los dirigentes del Centro de Alumnos a una conversación privada, a la cual asistimos Fabio, Claudio y yo, además de Godo. Es el miércoles. Ahí les plantea lo siguiente: se trata de saber –hablando con todas las cartas sobre la mesa– en qué terreno estamos. Si se ha perdido la confianza, no podemos hablar; hay que declarar inmediatamente si esto es así o no, porque de

ello se deducen posiciones muy diferentes, y actitudes, por parte de ellos y nuestra, muy diferentes. Se trata además de saber si el movimiento es un movimiento de tipo sindical, con actos de fuerza y cartas de petición, o si se trata de dilucidar la verdad hasta su último extremo. Si es esto último, ellos han interrumpido un diálogo que fue iniciado por los profesores y no por los alumnos. Si se desea discutir la verdad, hay que restituir las condiciones del diálogo: hay confianza, se retira la carta; se hacen reuniones a plazo ilimitado para examinar la situación de cada alumno. Los alumnos, que previamente han hablado que no se trataba de una huelga ni de un sindicato, aceptan sostener estas reuniones con asistencia de toda la escuela. Y así, mientras empiezan a llegar los europeos, debemos sostener con los alumnos reuniones que comienzan a las seis de la tarde y terminan a las tres de la mañana. El desarrollo de estas reuniones fue –aparte del agotamiento– bastante bueno. Nos sirvió para darnos cuenta de cómo toda la situación era comandada en verdad por una generación que no conoce el taller, el viejo taller de la escuela, que durante cuatro años fue prácticamente borrado por las obras, dentro de la escuela, durante la reconstrucción del sur. Nos mostró también el mariconismo general, resultante de dar cabida a las situaciones personales, que ha ido minando la dura severidad que pone, antes que nada, la obra por delante. Nos mostró también cómo la nueva estructuración del plan había puesto ante los alumnos la realidad de las materias teóricas, cuya evolución, lenta en nuestro propio proceso dentro de la escuela, alcanza por primera vez forma, y hace ineludible su penetración, duro régimen también, al cual todos se oponen a acceder, acostumbrados a la tradición del taller. Me mostró a mí, al menos, cómo estamos tan solos como en 1952, pues lo único serio, decidido, conformado, es lo que está a nuestro cargo: el Taller y su ámbito. Toda la inoperancia, el anacronismo aparente de muchas situaciones presentadas por los alumnos, residen en que –en los ramos teóricos– hemos dependido de otras personas, incapaces de alcanzar el ritmo que suponíamos: crisis de profesores. Por ello nos sirvió también todo esto, para darnos cuenta de que el resto de los profesores descansa en nosotros; por eso la escuela nos hace correr y ocupa nuestro tiempo: nadie, fuera de nosotros, hace nada. Y penetrando por este hoyo abierto, hemos colocado las cosas de tal manera para que la herida quede abierta, y salga la pus, una actitud de balance frío, de hecho, no de explicaciones, de manera que la inoperancia de un profesor se traduzca en un fracaso de curso y no en un arreglo. Hay entonces verdaderas reuniones de profesores y exigencias concretas de trabajo, que los ha desnudado,

gradualmente, uno por uno, a todos. Por otra parte, nos sirvieron estas reuniones para darnos cuenta de que nuestro plan no lo habíamos llevado a su extremo, que no habíamos sido fieles a sus postulados. Por eso lo modificamos.

Y en el intertanto, vuelve Tuto de Magallanes y empiezan a llegar los europeos. Tuto ha dejado comprada la camioneta y hay en Magallanes la posibilidad de adquirir casi todo el equipo: una semana de trámites y nuevas condiciones de cartas y garantías que hay que cumplir en Valparaíso y Santiago. Pero antes de que llegaran los europeos, se produce la llegada de Raúl Young. Pato, sin decir nada a Godo, le ha pagado unos pasajes y lo envía directamente a Viña. Lo recibimos en Los Cerrillos, Mello, Godo y yo. Viene con su niñita de 13 años. Gordo inmenso, rojo, hinchado, listo para explotar, gordura de alcohólico, voz de niño. Un poco vulgar, alegre, pero en el fondo, viejo, con un escepticismo amistoso. Aquí cuenta lo que hace, pero se queda un poco solo, debido a todo lo que teníamos nosotros que hacer. Aloja donde Claudio, come en la noche en casa de Godo. Como este llega tarde, la Ximena protagoniza varias conversaciones. Sale con Mello. La llegada de Raúl viene a ser para Godo una nueva conjunción de Amereida. Van a reunirse con Mello y Raúl, ellos solos, para hablar de la situación de cada uno. No sé si lo hicieron. Creo que no. La estadía de Raúl fueron unos cuatro días, pero bastaron para situar muchas cosas. Un día salieron, parece, con Mello y Edy, y en un bar –un poco borracho Raúl– empezó a hacer bromas irónicas de asuntos políticos de Edy. Este no aceptó y se retiró. Al día siguiente, bajaba Godo con Raúl y venía Edy. Raúl se abalanza a abrazarlo en son de “aquí no ha pasado nada”, pero para Edy sí ha pasado, y se han tocado cosas, para él, sagradas. Lo separa con el brazo y le dice “no”. Se despiden de Godo y se va. No se volvieron a ver. Godo estaba preocupado de todo esto, pero después nada pasó: le ofreció a Edy que fuera a cualquiera de nuestras casas a comer, para no verse obligado a reencontrarse y que –a la vez– pudiera sostener entre nosotros, en plena libertad, su actitud. Así fue. Encontré a Raúl vulgar, aburrido, fuera de onda. Lo que tal vez fue su encanto en la juventud, lo ha aprisionado. Lo encontré deshecho.

Finalmente, llegaron los europeos. Primero Fédier y Pérez Román. Los fue a buscar Miguel con Edy a Los Cerrillos. A las ocho de la noche entran de sorpresa a la pieza en Errázuriz donde estábamos Tuto, Godo y yo en gran discusión de las modificaciones del plan, el Plan de Estudios de la Escuela. Un boche enorme. Me había imaginado distinto a Pérez Román: pelo más negro, cutis más blanco, menos conformado: me olvidaba de que era argentino. Inmediatamente Pérez Román fue

amigo de todos. No sé si se habrá incomodado alguna vez. El aspecto externo fue que se adecuaba a todo lo nuestro, y nunca pesaba. Fédier, un encanto de persona, siempre interesado en todo. Así las cosas, llegó Deguy y Monique. Antes habíamos recibido una carta de él explicándonos su itinerario. Al principio creímos que dejaría a Monique en Buenos Aires, ya que ellos viajaban desde Lima directo a Buenos Aires y desde allí a Santiago. Pero no fue así. Desde el principio, estaban un poco descontentos. Sus apreciaciones de lo visto en Lima y Perú en general, y de lo anterior, los hacía aparecer como unos provincianos de algún alrededor de París que encontrarán malo todo lo que no era lo que esperaban; vale decir, lo que ellos conocen en París. Parece que les tocó un Santiago de Iloizna y frío, y después, un Viña del Mar con las casas del Instituto. Hubo una fiesta: ella no se distingue por la simpatía. Él, recatado, silencioso, con el único que habló un poco más fue con Godo. Se alojaron en el Miramar. Lo encontraron caro: vale más o menos un tercio que un hotel semejante en París, que no existe –a decir de Godo. Se cambiaron a una pensión. Luego, de nuevo al Miramar. Ella prácticamente no quiso salir. Ahora creo que la procesión venía por dentro desde antes. Para ella, la adhesión a este viaje y a Godo, me imagino, será su grave problema como modelo de vida. Algo de esto dijo al salir de casa de Ximena, y Ximena la oyó. Se produjeron algunos diálogos más o menos fuertes entre las dos. Monique fue muy grosera con Ximena. Después se negó a aceptar las salidas a pasear de las señoras. Rechazo total. Mientras tanto, de Deguy no se sabía si estaba en pro o en contra. Parece ser que en un momento dado, ella le planteó una alternativa, algo así como “yo o el viaje” y Deguy fue a ver a Godo avisándole que volvía a Buenos Aires acompañando a Monique. Fue una salida penosa, porque todos, Fédier, Edy, Claudio, Pérez Román, Godo y en parte nosotros, se sabía que nos dábamos cuenta de lo que estaba sucediendo. Godo habló finalmente con Deguy nuevamente, para decirle que actuara con entera libertad. Mientras tanto, hervían los comentarios en el taller de Claudio y en casa de Ximena. Se fueron y nos quedamos en la duda más completa respecto a la posible vuelta de Deguy: se llevó incluso su maleta, que no necesitaba para ir a dejar a Monique. Pérez Román habló con su mujer a Buenos Aires para que su hermano los sacara a pasear y recorrer Buenos Aires y los acompañaran. Mello habló a Lea para que recibiera a Monique en Río. Deguy no mandó noticias desde allá. Se sabía que se estaba jugando allá la cosa, y esperábamos que si la estaba era agradable, tal vez un nuevo ánimo permitiera a Deguy volver. Parece que así fue. Yo no lo supe. Deguy volvió creo que el día

anterior a la partida a Magallanes y coincidió su llegada a Santiago con un último viaje que hacía Godo para despedirse de la Raquelita, la Gabriela y Pato. Deguy volvió considerando a Buenos Aires la única ciudad de Sudamérica. Monique escribió después una carta muy cortés desde Río, encantada, habiendo prolongado su estadía allá, con Lea, por ocho días.

Todo esto sucedía mientras se resolvía la escuela, se arreglaban papeles, y salían y llegaban personas. La casa de Ximena era un verdadero hotel de almuerzos y comidas, y los chiquillos acompañaban llenos de novedad a todos los extranjeros. Por ese entonces la planificación de la partida estaba terminada. No había resultado conveniente la rebaja que nos hicieron en la Interoceánica para viajar a Magallanes y se tomaron pasajes en avión, que eran más baratos que el viaje por mar, con rebaja. Estaba adquirida la camioneta, que es una Chevrolet grande para nueve personas, muy potente; estaba hecho gran parte del papeleo y el resto se completaría en Magallanes. Estaban todas las credenciales y establecidos los lazos para la estadía en territorio chileno, y además, llegados todos los participantes.

El último en llegar fue Boulting. Tocó la casualidad que llegó exactamente al mismo tiempo que Deguy y Monique se iban a Buenos Aires: los vieron cruzarse en la losa de Cerrillos sin reconocerse, a pesar de que el gringo venía con aspecto estrafalario. La melena al viento, con *blue jean*, una mochila a la espalda y un par de botas que suspendía con la mano derecha como para no ensuciarlas. Llegó enfermo, se tomó 12 o 15 cafés en las 20 horas de viaje. Hasta el momento de salir de aquí a Magallanes aún no se había repuesto. Tocaba piano y discutía con Edy. Se convirtió en un nuevo hijo de Ximena que lo llenó de regalonerías: las hijas se enamoraron transitoriamente de él y salió varias veces con Godo a conversar solos.

De los de aquí, los que viajaron fueron Godo, Claudio, Alberto y Fabio. Desde un principio Claudio iría con Godo, como participante –ya desde Francia– de toda *phalène*. A Alberto lo invitó Godo, desde bastante tiempo antes. Cuando vino el terremoto de Quillota, participó la escuela en un trabajo de apreciación de daños. Este trabajo careció de contenido arquitectónico. Esto lo discutimos y hablamos en reunión aquí en Errázuriz. Ahí Godo pensó en actuar él, junto a Claudio y Alberto, en Quillota, en un acto poético distinto: él como poeta, Claudio haciendo un monumento, Alberto como arquitecto dibujando –en la misma escultura de Claudio– algo arquitectónico relativo a Quillota. No sé si era una proposición, no recuerdo. Era un acto unificado en el cual participaban los tres. Creo yo que

Godo invita a Alberto a un trabajo de tipo *phalène* parecido a ese, primera participación de un arquitecto, cuando le pide ir a Amereida. Como tú sabes, desde hace bastante tiempo, vivimos en unos institutos más o menos separados. Yo no sé bien qué otras cosas habrá hablado Godo con Alberto, respecto a esto. Por lo demás, es bien explicable que, estando haciendo el campus, el viejo pueda recoger, situarse, y reconocerse a la vez él mismo, desde otra “vista”, que solo es posible encontrar en Amereida.

Con Fabio y Tuto, teníamos desde hace tiempo todo un plan de trabajo. Pero sucedió un día que hablando del auto, vimos que había solo un chofer. Conversando en la calle –camino a la casa antes de almuerzo–, Godo, Fabio, Tuto y yo, se dijo suavemente que sería conveniente que Fabio viajara. Doy fe que no lo dijo Godo, pero doy fe también que él fue el que nos lo hizo decir, aunque nunca lo haya dicho tampoco a nosotros. Y así Fabio recibió el encargo; con su paz y su rigor sacerdotal, vio que en ese minuto le había llegado la hora. Creo yo que Godo lo anhelaba desde el fondo de su corazón, y creo a la vez que –si hay algo en lo cual Fabio puede creer y apoyarse en eso–, es esta Amereida. Por otra parte, Claudio estaba contento: porque él puede trabajar muy bien con Fabio. Y Fabio, además, es la confianza y la solidez en estos casos. Así quedó la elección.

Godo, Alberto, Claudio, Fabio, Pérez Román, Fédier, Edy y Boulting, todos preparando y comprando el día anterior a la partida. Claudio, con su falta de consideración a todo lo que sea un límite, preparó sus planchas en unos embalajes como si las llevara un barco: no cabían ni en la camioneta. Compró cajas de herramientas, 60 kilos, y como estaba tan nervioso, empezó a enojarse poco a poco. Godo atracaba el día de la partida para no dejarse escapar por los trámites y fijaba la fecha y hora de partida. Claudio –y todos– indignado. Fuimos a comprar con Pérez Román los papeles y las tintas y demás útiles para hacer máscaras y pintar, mientras otros adquirían dólares o pasajes. Claudio, en el colmo de los nervios, se compró una tenida completa de patagón: unos pantalones ordinarios y horribles que le quedaban anchísimos, y una chaqueta de cuero con botones plateados, cruzada como chaqueta antigua. Fue el único; todos comprarían en Magallanes el equipo, ropa importada, baratísima y de primera clase.

Al fin, los paquetes estaban hechos, la carga montada en la camioneta. Llegada la noche del día anterior a la partida, nos reunimos en casa de Godo. Emoción en la sin emoción de una reunión de un día. Comida, conversación –tú conoces todo eso. Poco a poco después, Pérez Román, Boulting, Fédier y Miguel se fueron. Ellos con Edy viajarían todos en un taxi a Santiago, porque no

cabíamos en la camioneta de Fabio y alojaban –menos Miguel– en el departamento de Claudio, que queda cerca de la parroquia de Viña. Antes de la comida, como a las siete de la tarde, había habido una actuación en la televisión. Fueron 20 minutos de proyección por la televisión entrevistando al “antigrupo”, que hablaba lenguajes incomprensibles. Todos hablaron: hay una publicación en el diario *La Unión*, que te acompañamos. Todo esto, fue a pedido del rector.

Claudio alojó en casa de Fabio. Yo me quedé más rato en casa de Godo, y a eso de las tres me fui a acostar. Había que salir a las cinco de la mañana para estar a las siete en Cerrillos, que era la hora de cita del avión. Godo permaneció en pie con Ximena y los hijos. “Velandos las armas”, dice Ximena. A las cinco partimos, se encontraron los dos autos en la plaza de Viña y salimos a Santiago. Allá vino el pesaje: un mar de bultos para los ocho. Un poco de sobrepeso. Todos listos, Fédier fue cargado con grandes cantidades de máquinas: dos Leica, dos máquinas de cine de 8 mm. Habíamos encargado a Buenos Aires las películas al hermano de Pérez Román, para que las enviara a Río Gallegos. Era un día nublado. La naturaleza también había concurrido, al igual que la escuela, al igual que Deguy y su problema, al igual que Raúl, al igual que Miguel y el matrimonio, a colaborar a este cúmulo de circunstancias que se hacían extremas, y que, unas sí, otras no, amenazaban a veces con borrar la posibilidad de realización de Amereida. Desde hacía más o menos cuatro días se había desatado un temporal cuyos efectos se comparaban con el terremoto: puentes cortados, campos inundados, pasajes suspendidos, comunicaciones cortadas, zona de emergencia, etcétera. La pampa inmensa estaba nevada y borrados todos los caminos. Así, este nublado era preludio de un paisaje que ellos encontrarían, que no era nada de consolador. Te confieso que al verlos salir y cruzar la losa, los ocho en un pelotón compacto que se acercaba al avión, sentí una gran emoción, envidia y nostalgia –tal vez del sur, o de alguna empresa parecida. Ahí nos quedamos mirando largo rato hasta que el avión nos cruzó elevándose hasta desaparecer. Cuando los vi elevarse me di cuenta de que todo estaba maravillosa y milagrosamente realizado, hacia una empresa increíble, loca, e inútil.

Después nos volvimos con Tuto a Viña, y heme aquí escribiéndote esta parte de un libro, para que conozcas, como todos nosotros, cómo se inició la Amereida.

Saludos de todos para ti y María Elena.

Veré cómo mandarte la cinta, aunque no es tan importante.

Pepe

8 de agosto de 1965

## REFERENCIAS

Nombres en orden de aparición: Francisco Méndez Labbé (Pancho), Godofredo Iommi Marini (Godo), Raquel Ariztía de Vial, Juan de Dios Vial Correa, Eduardo Mena, Gabriela Matte de Domeyko, Juan de Dios Carmona, Alfonso Naranjo, Edison Simons, Gerardo Mello Mourão, Arturo Baeza (Tuto), Carlos Bresciani, Arturo Zavala, Patricio Kaulen (Pato), Alberto Cruz, Fabio Cruz, Marija Downey de Kaulen, Miguel Eyquem, Elena Vial Armstrong, Claudio Girola, Ignacio Domeyko (Colo); Monseñor Rafael de la Barra Tagle (Güenche), Ximena Amunátegui de Iommi, Francesca Iommi Amunátegui, Agustín Vial Armstrong, Raúl Young, François Fédier, Jorge Pérez Román, Michel Deguy, Monique Brossollet, Jonathan Boulting y María Elena Purcell.

## FUENTES

- José Vial, “Cómo se inició la Amereida 1965”. Fragmentos en línea: <https://www.josevial.cl/docum/como-se-inicio-la-amereida> © Daniel Vial.
- Gerardo Melo M. (1966). *América y Aquiles*. En *Frei y la revolución en latinoamericana*. Santiago: Editorial del Pacífico, pp. 7–30. En este escrito que da inicio al libro, Gerardo Mello narra también los preparativos y las implicancias de Amereida, en particular la cena en casa del ministro Juan de Dios Carmona.

